

La guerra Iran-Irak

EL IMPERIALISMO SE APROVECHA DE LA CARNICERIA

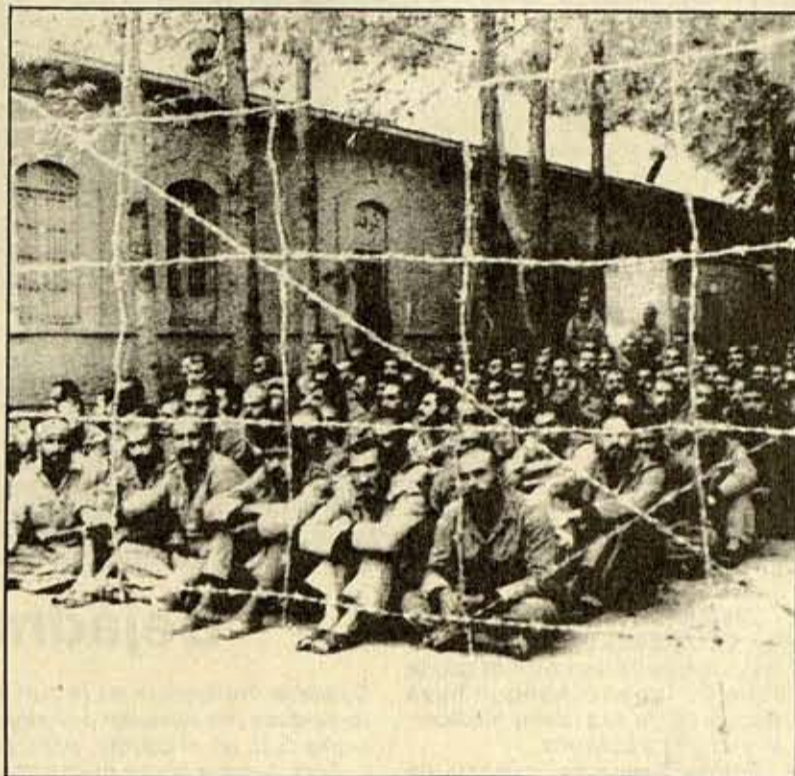
Al reanudar, a partir del pasado 29 de agosto, sus ataques contra las instalaciones petrolíferas iraníes, la aviación iraquí ha provocado el reinicio de las hostilidades a gran escala en las aguas del Golfo Pérsico. El presente artículo, resumido por falta de espacio, analiza la situación actual del conflicto y las razones del mismo.

La nueva escalada de la guerra del Golfo Pérsico y, en particular, de las acciones contra el tráfico marítimo, se produce a continuación de una tregua tácita observada por los dos países beligerantes desde el pasado 20 de julio. Fue en esta fecha cuando el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas adoptó por unanimidad su resolución número 598, exigiendo un alto el fuego inmediato entre Iran e Irak y la retirada de los respectivos ejércitos de una y otra parte de la frontera común reconocida internacionalmente.

Refuerzo de la presencia imperialista

La adopción de esta resolución precedió en poco tiempo al comienzo de la aparición de navíos de guerra norteamericanos en las aguas del Golfo, para escoltar a los petroleros kuwaitíes que enarbolaban bandera de EEUU. La cuestión de las minas proporcionará, en agosto, un pretexto para el reforzamiento de la presencia militar imperialista en esta región del mundo, con la intervención de la marina británica en el Golfo Árabe y de la marina francesa en el de Omán.

Posteriormente, el gobierno italiano tomó la decisión de añadir a esta fuerza 8 de sus barcos, de tal manera que la composición nacional de la flota imperialista en el Golfo Árabe-Persa y sus alrededores, es idéntica a la de la "Fuerza Multinacional" que tan lamentablemente fracasó en Líbano.



El empleo de esta maquinaria de guerra flotante creó, a finales de agosto, un clima de relativa seguridad para la navegación comercial en la ruta marítima que separa la península arábiga de Irán. Este país fue el que paradójicamente se benefició principalmente de esta situación. Las exportaciones de crudo iraní crecieron espectacularmente, favorecidas por la elevación de la demanda suscitada por la tensión militar. Con la subsiguiente alza de los precios del crudo, las previsiones de Teherán eran de ingresar 25 millones de dólares diarios, cinco veces más que en el mismo período de 1986.

Este éxito para Irán reforzó, naturalmente, los argumentos de los más extremistas del régimen de los ayatollahs, partidarios de la "guerra hasta la victoria" contra el régimen baasista de Saddam Hussein. No se podía esperar, en estas condiciones, que Teheran aceptase el alto el fuego exigido por la ONU.

Habiendo experimentado cada vez más dificultades para resistir las ofensivas iraníes, y habiendo perdido toda esperanza seria de dar un vuelco a la situación militar a su favor, Bagdad no tiene otra elección que la de obligar a Teheran a cesar en el combate a causa de la falta de medios financieros. Por otra parte, teniendo prácticamente cerrada su ya de por sí exigua salida al mar, el régimen de Saddam Hussein se ha dotado de oleoductos para la exportación de su petróleo. Hoy en día está en condiciones de exportar por este medio 2,5 millones de barriles diarios, lo que equivale a la totalidad de su producción petrolífera disponible, a través de Turquía y Arabia Saudí. Por el contrario, Irán depende para esto del tráfico marítimo en el Golfo, especialmente desde su terminal petrolera de la isla de Jarq.

La guerra de los petroleros

Así pues, es en este centro rector de la guerra iraní donde el poder iraquí concentrará sus ataques a partir de 1981, desde el momento en que observa que los combates se prolongan más allá de sus previsiones y acaban en desventaja para él. La única solución que encuentra Teheran para ello es la amenaza de un bloqueo total de la navegación en el Golfo, que perjudicaría a

los aliados árabes de Irak y perturbaría gravemente el aprovisionamiento de petróleo de Europa occidental y de Japón, provocando, al mismo tiempo, una nueva alza de los precios del petróleo, con sus nefastas consecuencias sobre la economía capitalista mundial. Irán ejercerá sus represalias especialmente contra Kuwait, vecino de Irak, con una fuerza militar despreciable.

Las presiones árabes y mundiales sobre Irak para impedir la escalada de la guerra de los petroleros irán perdiendo eficacia a medida que Bagdad pierde terreno en relación a su enemigo, a partir de 1982. Las operaciones de los dos países beligerantes contra el tráfico marítimo se intensificaron en 1984. Después, en 1985-1986, la aviación iraquí extenderá sus ataques al conjunto de las terminales petroleras iraníes, lo cual llevó consigo una extensión de las represalias de Irán, siendo Kuwait el más afectado por ellas. Este emirato se ve entonces en la necesidad de pedir a las potencias occidentales, en particular a Estados Unidos, que aseguren la protección de su flota petrolera de cara a los ataques permanentes de Irán.

Ante la negativa de estas potencias de implicarse en este asunto ante un régimen tan imprevisible como el de Teheran, Kuwait se vuelve hacia la URSS, que accede inmediatamente a sus demandas, poniendo tres petroleros soviéticos a su disposición. Moscú buscaba con ello poner a Washington contra las cuerdas, en un momento en que el prestigio de la administración Reagan estaba en su más bajo nivel ante sus aliados árabes a causa de las revelaciones del Irangate.

Por su parte, el Irak de Saddam Hussein, ayer invasor fanfarrón del territorio iraní, hoy conteniendo a duras penas la progresión iraní sobre su propio territorio, no se deja engañar por la aprobación que las potencias mundiales le dan a la voluntad de paz que ahora expresa. Es por ello que ha escogido volver el chantaje iraní contra el propio Irán y provocar la internacionalización del conflicto, de manera que éste comience a pesar realmente sobre las potencias im-

perialistas. El objetivo de Bagdad es llevar a éstas a imponer el cese de los combates, rechazado con obstinación por Teherán. Y, de hecho, los estados imperialistas no se han movilizad hasta que no han visto amenazadas sus importaciones petrolíferas.

El horror y el absurdo

Realmente, no son los millones de víctimas de la carnicería irano-iraquí las que conmueven a los gobiernos de las potencias mundiales. El 20 de septiembre ha hecho siete años que comenzó la guerra del Golfo, siete años de una guerra en la que el horror mezclado con lo absurdo evoca irresistiblemente el de las trincheras de la primera guerra mundial.

Al terrible balance de pérdidas humanas hay que añadir las pérdidas materiales, evaluadas en centenares de millones de dólares, y el considerable retroceso económico que los dos países en guerra se han provocado mutuamente y que les costará decenas de años compensar. Esta perspectiva es la más interesante para las potencias mundiales.

Estas potencias se regocijan pensando en los fabulosos contratos que este destrozado reportará a sus industrias civiles, para la reconstrucción de Irán e Irak, dos países cuyas reservas de hidrocarburos les convierte en solventes, a diferencia de la mayoría de los países dependientes. Mientras tanto, la destrucción mutua de los dos enemigos habrá reportado a las industrias militares de las mismas potencias varias decenas de miles de millones de dólares.

El movimiento obrero internacional debe hoy pronunciarse resueltamente por la retirada inmediata de todas las flotas extranjeras del Golfo y de sus alrededores; por un embargo total a las ventas de armas a Irán y a Irak; por un alto el fuego inmediato entre ambos países beligerantes.

Salah Jaber
(Inprecor)

